



BIROn - Birkbeck Institutional Research Online

Balibrea, Mari Paz (2014) En defensa de los Estudios Culturales. Puentes de Crítica Literaria y Cultural 3 , pp. 20-27. ISSN 2341-0124.

Downloaded from: <http://eprints.bbk.ac.uk/id/eprint/42759/>

Usage Guidelines:

Please refer to usage guidelines at <https://eprints.bbk.ac.uk/policies.html>
contact lib-eprints@bbk.ac.uk.

or alternatively

En defensa de los Estudios Culturales

Mari Paz Balibrea, Birkbeck, University of London

Hablar a estas alturas y aquí de los estudios culturales, aún más, defenderlos, debe necesariamente generar en quien se atreve a hacerlo una cierta conciencia de anacronismo. No puede uno olvidar, u obviar, que invoca un término —en realidad una traducción del primigenio *cultural studies*— por muchos descartado y explícitamente rechazado. Por eso, en el presente ensayo, me propongo sintetizar someramente, a riesgo inevitablemente de simplificar, las características que creo principales de la trayectoria de esta corriente de crítica cultural en el mundo anglosajón de donde procede, como paso previo para argumentar su vigencia más allá de ese contexto y de sus tiempos. Mi propósito es considerar las razones históricas, políticas y epistemológicas que explican la extensión, tanto como las limitaciones, de la potencia crítica de los estudios culturales, y sugerir la medida en que esta potencialidad puede ser reactivada en el aquí y el ahora. Incluso para los detractores de su práctica, este texto puede interesar como genealogía de un concepto particularmente poco y mal entendido —se me ocurre que como el de postmodernidad, con el que tiene que ver—, y frecuentemente vilipendiado sin haber comprendido su alcance.

Los *cultural studies* se originan en los años sesenta en Gran Bretaña con el trabajo de historiadores y críticos culturales como Raymond Williams, Richard Hoggart, E.P. Thompson y E. Hobsbawm, y que se consolida en su nombre específico con Stuart Hall (aunque su primer director había sido Hoggart) en los años setenta en el Centre for Contemporary Cultural Studies de la Universidad de Birmingham. En un contexto de fuerte polarización de clase, que se exacerbaría con la llegada al poder de Margaret Thatcher en 1979, todos ellos denunciaban un sistema clasista y la importancia de desbancarlo en el campo de la cultura y la estética, reivindicando suplementariamente no solo el derecho de la clase obrera a la cultura, sino la existencia ya y de siempre de una cultura popular que merecía el mismo esfuerzo y respeto para interpretarla que la producida por los considerados padres canónicos de la patria. Es desde ese anclaje en la subordinación de clase desde el que emergerían estudios centrados en la intersección entre cultura y raza, género, cultura juvenil, así como la importancia de la educación en la cultura como forma de

liberación personal y colectiva. La universidad, y la educación superior en general, es desde el principio el foco de irradiación de los estudios culturales, y en el caso británico, con una fuerte vocación de trascenderlos en su alcance a la población en general.

Su exportación a los Estados Unidos en la década de los ochenta y noventa se mezcla allí con la penetración previa de la desconstrucción, el marxismo cultural y el postestructuralismo (en su mayoría provenientes de Francia) que en los estudios literarios habían desbancado al estudio filológico y formalista de la literatura y establecido ya el vínculo básico en los estudios culturales de estética, forma y política, o dicho de otra manera, la conexión entre cultura y poder. No cabe duda de que esa amalgama se convirtió en hegemónica, dinamitando para suplantarlos a los departamentos de literatura, y afectando en su onda expansiva a todas las disciplinas de humanidades y ciencias sociales, no dejando intocadas, aunque su influencia fue mucho menor, a las ciencias, si pensamos en el trabajo de Donna Haraway, Bruno Latour o Sarah Franklin. En los Estados Unidos se refuerza la ubicación y área de influencia de los *cultural Studies* dentro del ámbito universitario.

Las prácticas en los Estados Unidos abrazan de sus homólogos británicos la celebración reivindicativa y política de la cultura popular y de masas, pero imprimen a los estudios culturales el énfasis en los movimientos sociales heredado de la resaca de los movimientos de los derechos civiles de los sesenta y setenta. Aquí las reivindicaciones de raza, género y sexualidad toman prioridad con respecto a las de clase, lo cual conlleva la pérdida de la conexión central de los estudios culturales con el hacer la historia desde abajo, que se ve sustituido con la preocupación por las políticas de identidad y los microgrupos, donde la clase es un elemento más en las constelaciones que conforman la identidad. El lector de la crítica cultural y el productor cultural son interpretados frecuentemente como agentes de los que se exalta y promueve su capacidad de resistir a través de la expresión de prácticas culturales. En todos estos sentidos, la agenda política de los estudios culturales en los Estados Unidos lo empuja, a pesar de toda su parafernalia conceptual en torno a la resistencia y la liberación, hacia una celebración implícita y muy discutida del individualismo que lo hace indistinguible de la postmodernidad, en la que de lo que se trata es de dar protagonismo como políticamente significativos y con autoridad a

aquellos que manejan (¿consumen?) identidades múltiples y en fluctuación. Esta tendencia se intentó contrarrestar con el subrayado en la crítica cultural de las herencias teóricas más radicales en el siglo XX del feminismo, el marxismo cultural, y el postestructuralismo.

Una de las claves, pues, del descontento con, y ulterior desfasamiento de los estudios culturales en su trayectoria anglosajona tiene que ver con la medida en que éstos tienen la capacidad de responder al apetito político de sus practicantes más radicales. ¿Hasta qué punto la crítica de la cultura puede constituir o no una práctica de socavamiento del estatus quo, leal a y consistente con los principios políticos que la engendran? ¿Hasta qué punto puede mantener una distancia suficiente con respecto a éste (léase capitalismo, o cualquiera de sus agentes) como para no terminar haciéndole el caldo gordo, o peor, para no acabar celebrándolo?. Otro territorio clave en el que se iba a disputar la capacidad de los estudios culturales para dar respuesta satisfactoria a estas preguntas es el de la institucionalización. La insistencia de los estudios culturales en la politicidad de la cultura y su énfasis desde ella en la capacidad de resistir y subvertir políticamente, por una parte contribuye, dicen sus detractores, a sobredimensionar y distorsionar inflacionariamente el poder de la cultura con el objetivo perverso de desviar la atención de la lucha política real y realmente comprometedora y comprometida. Pero, aún peor, por otro lado le ha otorgado al crítico —no olvidemos que en los EEUU esto quiere decir profesor o catedrático de universidad— que pone de relieve esta politicidad y su apasionada parcialidad y desprecio a la objetividad científica, un protagonismo populista y una radicalidad políticas —diríamos, de boquilla— que tampoco se corresponden con la realidad. Desde la izquierda esta crítica la ofreció Fredric Jameson en su clásico artículo “On cultural studies” invocando para el practicante (norteamericano) de los estudios culturales, no sin sorna, la imagen de un intelectual orgánico gramsciano sin masas que llevarse a la boca ni liderar. Parecida crítica, en forma de malestar con la importancia política autoatribuida al crítico cultural, la expresó también el mismo Stuart Hall. Desde posturas más moderadas, y a la postre más influyentes para el descarrilamiento de los estudios culturales anglosajones, Tony Bennett acusaba a los académicos de la izquierda de hipocresía o ingenuidad por ignorar —e implícitamente, por ocultar— en sus sofisticados análisis radicales de la cultura, la propia posición (inescapable por otra

parte) de privilegio y poder en la universidad que ellos (y ellas) ocupaban, y con ello, la realidad de que ellos (y ellas) formaban parte de las mismas estructuras de poder que criticaban. Pero la crítica de Bennett era pragmática, no nihilista, y la consecuencia que sacaba de ella es lo que él llamaba la necesidad de una agenda reformista, se entiende que frente a la inviable agenda radical que él criticaba, para los estudios culturales. Con ella reivindicaba que el crítico cultural asumiera explícita y conscientemente que es parte de las estructuras de poder, y desde su entendimiento complejo y crítico de ellas interviniera de la manera más socialmente útil que sea posible. Esta vía de pensamiento ha sido considerada como la muerte de los estudios culturales vía su transformación en mera política cultural y gobernanza de la cultura y como, *de facto*, la conversión del crítico cultural en un burócrata al servicio del Estado, conclusión que debemos entender como lógica para el contexto anglosajón, sobre todo el de los Estados Unidos, donde prácticamente solo se encuentran intelectuales críticos, y más abstractamente el cultivo del pensamiento crítico, dentro de la universidad. En otros contextos, como el latinoamericano o incluso el español, que tienen unas tradiciones autóctonas que conectan la cultura y a los intelectuales con el poder de forma muy importante, y donde los intelectuales han tenido un protagonismo político muy central y real, estas conclusiones pueden parecer demasiado drásticas. En cualquier caso, para el contexto anglosajón, algunas voces críticas con Bennett como la de Peter Osborne han reivindicado la necesidad del investigador y analista cultural de mantener el elemento crítico de su posición como algo no asimilable al funcionalismo del gobierno del poder. Es decir, desde luego hay que ser consciente de que, dado que no hay afuera posible del sistema, todos estamos de alguna manera vinculados y somos dependientes del poder dominante que criticamos, y ni que decir tiene que el beneplácito del poder sigue siendo necesario para hacer de la práctica cultural crítica un modo de vida en las sociedades llamadas democráticas. Sin embargo, eso no tiene por qué desembocar necesariamente en que la práctica del análisis de la cultura se convierta en una asesoría al servicio de las necesidades del poder.

Un último pilar en el contencioso de los estudios culturales que es inevitable mencionar es el de la disputa disciplinaria. El ímpetu iconoclasta con que surgen los estudios culturales ya en Gran Bretaña tuvo como objetivo prioritario el bastión clasista de los departamentos de humanidades donde se conservaba y perpetuaba

el culto a la alta cultura. Es lógico entonces que los departamentos de literatura fueran de los primeros damnificados por la iniciativa, viendo cuestionados, no tanto sus autores y obras de referencia como las condiciones de posibilidad de las valoraciones estéticas que de su estudio se derivaban y las consecuencias no-estéticas —socio-económicas y políticas— de aplicar esas valoraciones. La práctica de la crítica literaria bajo la influencia de los estudios culturales dejará de ser la revisitación ritual y veneradora del canon para convertirse en el estudio de cómo se construye significado social a través de ella, lo que permitirá la incorporación de muchas obras antes desestimadas según criterios de calidad estética, así como la de criterios antes tenidos por irrelevantes o marginales: género, sexualidad, nacionalidad, raza, clase; desbancará la idea del lector inocente que responde sin mediaciones, directamente al texto, la de la obra como portadora de un solo significado que es trabajo del crítico descifrar; enfocará para el análisis no solo los procesos de producción y los modos de representación literarios, sino también la circulación de la literatura como producto y los modos de distribución que la hacen posible, su recepción, su consumo entre las prácticas cotidianas. Por ende, el proyecto genealógico y destructor de cánones literarios y culturales y de las estructuras de poder invisibilizadas que sostiene a los estudios culturales, así como el de reivindicar la existencia y los méritos de la cultura popular, necesitaba de instrumentos analíticos ajenos a los de las humanidades —tal como se entendían mayoritariamente— de los que los estudios culturales echaron mano sin dudarlo: de la lingüística para explicar la cultura como discurso y sistema socialmente formado de significados plasmados en textos; de la antropología para la cultura como prácticas de vida, conglomerado de imágenes y significados; de la psicología social y el psicoanálisis para la imbricación de la vida social con categorías psíquicas, y en sus implicaciones para los colectivos sociales, de la sociología; en su afición a articular y analizar estructuras complejas tendentes a la totalización conceptual donde todo interactúa en relaciones de subordinación y dominio, recurrió a la filosofía y, más concretamente, para los vínculos de cultura con el Estado y los imaginarios nacionales, a la filosofía política y la historia. Eso sin contar con que los objetos culturales se iban a multiplicar en la mira del crítico cultural para abarcar la cultura de masas en su totalidad en sus relaciones con la alta cultura: literatura, cine, televisión, música, arte, fotografía, moda, las prácticas cotidianas urbanas,

todas ellas hasta ese momento constituidas en prácticas disciplinarias diferenciadas y que se verían “invadidas” por los intrusos de los estudios culturales.

Esta ambición interdisciplinaria o postdisciplinaria de los estudios culturales, habría de causar no pocas fricciones, y sería vivida por más de uno como una amenazante colonización ante la que era necesario resistir. De esta resistencia surgieron críticas productivas a los estudios culturales: su presentismo; su excesiva fijación en el texto y la teoría en detrimento de las relaciones y los actores sociales, que se invocaban de forma teórica, abstracta e intuitiva, más que se estudiaban empíricamente con herramientas cuantitativas y recurso al archivo, centrales a las metodologías de la historia y las ciencias sociales; el desvío sutil, por la fuerza hipnótica del ataque continuo al poder vía la cultura, del análisis de las estructuras económicas sin las que todo radicalismo se arriesga a quedarse en retórica. Y degenerando a partir de todo ello, la acusación de incompetencia, de oportunismo, de falta de profesionalidad, de ambición excesiva que tomaba a la ligera y no dudaba en mezclar disciplinas indistintamente y en despreciar la utilidad y legitimidad de prácticas que en definitiva no se había tomado el tiempo ni el esfuerzo de llegar a entender bien, en su carrera hacia la producción de conocimiento políticamente radical. Acusaciones sintomáticas todas ellas de disciplinas a la defensiva que buscaban acotar un territorio propio y exclusivo de actuación intelectual y capital cultural, pero que más allá de ser índice del resentimiento de sus autores, estaban señalando al mismo tiempo un problema pedagógico para los nuevos departamentos y catedráticos de estudios culturales: el de cómo formar competentemente a las nuevas generaciones de practicantes en el campo.

Sea la que sea la actitud y posición de cada cual frente a los debates que acabo muy someramente de resumir, no cabe duda de que todos los asaltos simultáneos, sucesivos y más o menos concertados y justificados a los estudios culturales consiguieron socavar muy importantemente su prestigio en el mundo de la academia anglosajona que lo había visto nacer. Todo lo cual llevó a individuos y colectivos (departamentos, revistas), a irse desvinculando más o menos sutilmente de lo que se iba convirtiendo en el sambenito de los estudios culturales. Pero eso no quiere decir, y esto es crucial, que se abandonaran las prácticas que los estudios culturales habían fomentado, o que hubiera una regresión generalizada, y de

motivación política, hacia la reimplantación de las prácticas previas al fenómeno de los estudios culturales, particularmente en los departamentos de literatura. Es cierto que la infiltración, en su momento imparable, de los estudios culturales benefició, no siempre a su pesar y de forma duradera, a esas otras disciplinas. De la misma manera que en el equilibrio en el estudio de la relación del texto cultural con lo social se consideraba a los estudios culturales descompensados por el peso de la atención textual, las ciencias sociales eran fácilmente acusables de manejar entendimientos demasiado rudimentarios y superficiales de sus objetos textuales, y tenían mucho que aprender de la sofisticación en el análisis que aportaban los estudios culturales herederos de formaciones metodológicas en las humanidades. También hubo que agradecerles que llamaran la atención sobre la relevancia del metadiscurso para toda disciplina, es decir, del hacerse conscientes de los investigadores de sus propias condiciones de posibilidad como practicantes, de historizarse y teorizarse para entenderse como enunciadore de sus disciplinas. Este giro fue particularmente notorio en la antropología, que sufrió en el mismo momento de auge en los Estados Unidos de los estudios culturales, un proceso de cambio de gran importancia, se diría que irreversible. Por una parte, de cuestionamiento de sus propias prácticas y metodologías como herederas y co-partícipe en procesos imperialistas de colonización en la modernidad, y por otra parte, como consecuencia de ello, de transformación de sus objetos de estudio, más allá de las culturas no occidentales para incluir las propias y abarcando a los antropólogos mismos, que de intelectuales reverenciados pasan a turistas —con todo lo que ello implica de sus relaciones con el sistema capitalista— de sus lugares de estudio.

Derivado del subrayado del metadiscurso que en definitiva es una llamada a la necesidad de historizar y, con ello, politizar toda actividad intelectual, la otra gran aportación de los estudios culturales, que se ha convertido en hegemónica, creo que es la llamada a la necesidad de la interdisciplinariedad, al reconocimiento de que las fronteras disciplinarias son porosas y de que el diálogo y la colaboración entre practicantes en los diferentes lados de esas fronteras produce conocimiento más completo y complejo. No podía ser de otra manera para los estudios culturales, pues no encajan completamente en ninguna disciplina —de ahí que se les llame postdisciplinarios—, y necesitan utilizar métodos de otras para clarificar aspectos de lo que en el fondo es su razón fundamental de ser: la exploración de la relación de

la cultura con el poder. Por ello, los estudios culturales arrebataron a las prácticas disciplinarias el principio naturalizado de que hay objetos de estudio que pertenecen tan obvia como exclusiva como incuestionablemente a ámbitos disciplinarios acotados. El hecho de que un discurso disciplinario concreto articule a todos los demás con respecto a un determinado objeto de estudio no se debe a la naturaleza del objeto, sino a configuraciones históricas particulares de poder y conocimiento susceptibles de ser cambiadas. Por contra, los estudios culturales establecieron como principio que diferentes acercamientos disciplinares pueden iluminar de manera diferente, pero igualmente válida, un objeto de estudio y lo usó como un argumento para fomentar el diálogo interdisciplinario como vía de enriquecimiento.

Es en todos estos sentidos que podemos decir hoy que el influjo de los estudios culturales en las humanidades y más allá, que se funde y confunde —por mucho que a veces se enfrente a ellos— con el de los feminismos, el postcolonialismo, el estructuralismo, el postestructuralismo, el marxismo cultural, Foucault, Gramsci, Althusser o la escuela de Frankfurt, ha demostrado ser duradero. Importa menos, por lo menos a mi, el que la categoría haya caído en desgracia, o haya pasado de moda, que el que sus prácticas, y los motivos que la generaron, sigan vivos y relevantes en el centro de las preocupaciones intelectuales de las generaciones ya veteranas, tanto como de las que ahora se forman. Porque, después de todo, resulta que los estudios culturales, particularmente después de sus ires y venires continentales, tampoco inventaron tanto, sino que más bien cristalizaron en formas nuevas, en un momento y en lugares determinados, preocupaciones que les precedían: la del compromiso del intelectual y la del valor y la influencia política de la cultura. Por eso, desde la perspectiva del hispanismo, no es medida de la inutilidad de los estudios culturales recordar que la categoría no hizo fortuna en América Latina o entre los latinoamericanistas, donde hería susceptibilidades en lo que tenía de cristalización que no podía negar su pedigree primermundista y en tanto aspiraba a suplantarlo, por supuesto ignorándolas, genealogías autóctonas de relación del intelectual, y su producción, con el poder. O que no la haya hecho hasta hace poco en España, por la estructura esclerotizada y claramente aún heredera de las carencias de la dictadura que perviven en su universidad, y donde los ecos que han llegado de la práctica de los estudios culturales en otras latitudes han servido para despreciarlo por las mismas razones que he expuesto arriba. Por eso tampoco

es necesario invocar el inefable retraso secular de las periferias con respecto a la metrópolis para explicar el poco arraigamiento de los estudios culturales en nuestros ámbitos hispanos, por lo menos no como descalificación. Lo que importa, para quienes nos consideramos afines a los estudios culturales, no es extender lo más posible la categoría a imagen y semejanza de sus configuraciones metropolitanas. Lo que importa es seguir buscando razones para demostrar la necesidad del compromiso en el trabajo académico y la importancia política del análisis cultural. Lo que importa es buscar aliados que en cualquier ámbito de la academia o del mundo cultural entiendan y compartan esa necesidad. Cómo se le llame, en qué categoría o bajo qué disciplina clasifiquemos lo que seamos capaces de producir como resultado de esas alianzas, es lo de menos. Lo que dará la medida de su éxito o de su fracaso es que consigamos o no producirlo y diseminarlo, y que esté o no a la altura de la exigencia intelectual que el objeto de estudio demanda.